

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE GÉRGAL 2003

Es para mí un orgullo y un honor pregonar las Fiestas de Gércal de este año 2003. Vaya por delante mi agradecimiento a la Corporación Municipal y en especial a Leonor, la Sra. Alcaldesa, por haberme encargado este cometido tan gratificante.

Aunque la mayor parte del año mi vida transcurre lejos de aquí, con sólo venir unas temporadas en las vacaciones, tengo la sensación de vivir día a día todo lo que acontece en el pueblo y sentirme un gergaleño más como todos y todas los que tenéis la suerte de vivir en él.

Ya sabéis los que me conocéis que desde hace unos pocos años estoy colaborando en los programas de Fiestas con artículos sobre la historia de nuestro pueblo y sus tradiciones. He de deciros que ha ido creciendo en mí este interés por saber cada día más sobre nuestras raíces y nuestro pasado, siendo actualmente una de mis aficiones favoritas, y que me siento muy feliz transmitiendo el legado histórico y cultural de nuestros antepasados.

Las Fiestas de Gércal deben tener su origen como la inmensa mayoría de las que se celebran en España en los mercados o ferias que se hacían en la Baja Edad Media y que aquí debieron comenzar a los pocos años de la Reconquista. Estas ferias, principalmente de ganado, estaban programadas en fechas escalonadas entre las diferentes poblaciones para que los vendedores y compradores pudieran asistir. Aprovechando esta afluencia de público se fueron haciendo las fiestas de cada localidad, de ahí su nombre de Feria y Fiestas. Así se celebraban en Gércal los días 6, 7 y 8 de septiembre, como continuación de las de Guadix, hasta mediados de los 70 que se trasladaron a mediados de agosto, alrededor del día 15 -festividad de La Asunción-, con idea de que los gergaleños que vivían fuera, como consecuencia de la emigración, pudieran asistir en su mes de vacaciones y aprovechar a la misma vez esta fecha para celebrar en el día de la Virgen a la Patrona la Virgen del Carmen.

Quiero aprovechar esta ocasión para contaros algunas de mis vivencias de la Feria de los años 60 y 70 para que los jóvenes conozcan algo más de su pasado y para que los de mi generación y anteriores refresquen un poco la memoria. Recuerdo con nostalgia la Feria de ganado en la Rambla cuando las Fiestas se celebraban en septiembre. Era un espectáculo que impresionaba sobre todo a los chavales que no conocíamos más que nuestro pueblo. Desde que se bajaba por la Carrera de la Cimbra, hoy intransitable por el olor que desprende la Depuradora, había un ajetreo de personas y animales que daba la sensación de estar en otro lugar, de estar soñando. Toda la Rambla, desde el Cubillo hasta la Canaleja -cuentan que aún llegaba más lejos-, estaba ocupada por los animales -cerdos, mulos, burros, cabras, ovejas, vacas...-, por los vendedores y compradores, y por todos aquellos que íbamos a ver el ambiente que allí se respiraba. Los marchantes eran los hombres que tenían como profesión los tratos, es decir, la compra-venta de ganado. Entre éstos había muchos gitanos, pues por su idiosincrasia tenían mucho "arte" en el oficio.

Los ventorrillos eran los puestos de venta de bebidas. Consistían en unos sombrajes donde principalmente había vino de garrafa -de la bodega- y en ellos era frecuente cerrar los tratos. Recuerdo una anécdota de dos gergaleños que pusieron un ventorrillo con una garrafa de una arroba de vino y con una moneda de dos reales que tenían se la bebieron ellos solos, pagándose uno a otro alternativamente un vaso de vino con la misma moneda.

Casi todas las familias compraban los "marranillos" en la Feria. Cuando llegaban a casa se celebraban sus buenas hechuras. Serían sacrificados en la matanza de diciembre del año siguiente. Entonces la raza estaba menos seleccionada y costaba más

trabajo que hoy engordarlos, pero tenían la ventaja de tener la carne más sabrosa por su alimentación natural. También era frecuente comprar o vender algún burro o mulo porque se necesitaba para el trabajo o porque no servían.

Recuerdo a un hombre que vino durante muchos años, era un juglar a la vieja usanza. Llevaba las piernas vendadas, posiblemente explotaría su enfermedad para inspirar compasión. Recitaba magistralmente los romances, que eran sucesos impactantes de la vida real, y luego los vendía en hojas de diferentes colores.

Entre las atracciones que solían venir todos los años recuerdo, en la Plaza Nueva junto a la bodega, unas vitrinas sobre un mostrador muy largo. Allí había de todo: carteras con escudos y equipos de fútbol, monederos, pelotas que llevaban un elástico atado para dominarlas, navajas, ¡qué gran valor le dábamos los niños de entonces a tener una buena navaja!, gafas, ¡qué ilusión era ver las cosas de colores! colgantes, y muchas más cosas que para nosotros eran auténticas maravillas.

Las casetas de tiro con escopetas de plomo, colocadas en la Plaza Nueva, eran también fuente del deseo. Se disparaba a unas bolas que había en la boca de unos muñecos, a palillos de dientes clavados en cigarrillos o para conseguir botellines pequeños de diferentes licores y a otros premios más. El inconveniente era que apenas podíamos tirar por la escasez de dinero que teníamos y encima los premios estaban muy difíciles de conseguir, por algo dice el refrán *“fallas más que una escopeta de feria”*. ¡Qué bien nos lo pasábamos en los futbolines de “Manrique”, en los “columpios” (noria) de la Puerta de la Ermita y en las “voladoras” (tio vivo)! La tómbola se ponía en la parte superior de la Plaza Nueva y sus altavoces atraían a la gente con frases como *“Tómbola el Cubo, premio tras premio, regalo sobre regalo”*.

Durante varios años vino un vendedor ambulante, un charlatán. Se ponía por delante de la acera de Enrique Pérez en un camión-furgoneta. Se colocaba en la parte de atrás en medio de todos los géneros que llevaba y con un micrófono colgado del cuello hacía toda una exhibición de cómo atraer y vender al público los lotes -principalmente mantas la Paduana- que iba anunciando y a los que iba añadiendo artículos como jabones, peines, etc. hasta que alguien levantaba la mano.

En aquellos años de principios de los sesenta empezamos a conocer bebidas como el “Orange” -refresco de gaseosa de naranja como indica el término inglés pero que también llamábamos a las de limón-. Era una gozada beberse un botellín de aquellos que creo se llamaba “Orange Cruz”. Ya existían las primeras cervezas y las primeras veces que las probábamos nos resultaban muy amargas. Como anécdota, hubo unos chavales que robaron una cerveza y fueron a tomársela a la Alfarería y al probarla dijeron *“qué mala suerte, la primera y nos sale podrida”*. Después ya vinieron las Coca-Colas y las gaseosas como La Casera y “La Flor de Andarax” de Benahadux.

Los helados que fabricaba “Joseico el del Casino” eran exquisitos. Según me han contado, los primeros años los fabricaba con hielo -cuando todavía no había congeladores- que conseguía de la Sierra donde hacía unos hoyos que llenaba en invierno con nieve y tapaba con paja. Así se mantenía la nieve hasta el verano. Vendía los helados en el bar y en la Feria salía a la Plaza Nueva con un carrillo que tenía un cilindro en el centro con la masa de helado, cerrado con una tapadera, y estaba rodeado de nieve con sal y paja. Los vendía desde un real a dos reales. ¡Qué ricos estaban los de tutti frutti!

Las casetas de turrón eran uno de los principales atractivos. Por aquellos años era un lujo comerse una peseta de turrón, por la que te daban un buen pedazo de turrón duro al estilo tradicional con almendras y miel. Los propietarios de una de estas casetas era una familia de Gérgal conocida como “los turróneros” que actualmente continúan en el negocio, adaptado a los nuevos tiempos con productos envasados, y no han dejado de

venir con su caseta a la feria hasta hoy, siendo prácticamente la única caseta que se monta en los últimos años.

Las verbenas se hacían la mayoría de las veces en un escenario itinerante porque primaban los intereses de los bares. El primer día en la Plaza Vieja, marco ideal con sus dos olmos centenarios y su fuente de mármol con cuatro caños, donde se instalaba una barra en sus soportales, el segundo día en la Calle Sebastián Pérez, delante del antiguo Juzgado, y el tercer día en la Plaza Nueva. En alguna ocasión se hizo en la Plaza Vieja la “Caseta Popular” que por paradoja de su nombre era la forma más impopular porque se vallaba para cobrar la entrada. También se hizo en más de una ocasión, a partir del cambio de las Fiestas de septiembre a agosto, en La Glorieta, teniendo también mucha aceptación pues tenía mayor capacidad que los otros escenarios, aquí se hizo la Caseta Popular del año 77.

El primer grupo musical o conjunto con sonidos amplificados eléctricamente que vino a Gérgal fue en la Feria, a principios de los sesenta, para amenizar la verbena - anteriormente vino la “Orquesta Barceló” que era de viento y varios acordeonistas-, y según mis averiguaciones era un conjunto de Guadix llamado “Los Reyes Godos” que llevaba como vocalista y guitarra a un tal “Tony Elec”. Por los años 67 y 68, recuerdo a un conjunto de Tíjola llamado “Los Tanagra”. Vinieron en dos ocasiones a la Feria, aún me parece estar escuchando sus canciones como “Roberta”, un pasodoble que decía “*de donde has sacado esos ojos, de donde esa forma de mirar...*”, un porompompero que decía “*italiano, macarroni, saxofoni, eso es lo que me dicen en Italia...*” y otros éxitos del momento. En los años siguientes volverían de nuevo “Los Reyes Godos” que se llamaron más tarde “Los Godos”. A la trompeta estaba el inolvidable Ricardo, ya fallecido, que fue director de la banda de música. Después vinieron otros conjuntos del panorama almeriense como “The Sunflowers”. En el año 77 actuó “Amarillo” -en plena fama con su canción “Verano, verano” entre las primeras del Hit Parade nacional- junto a un grupo flamenco llamado “Los Diamantes Negros”, actuaron en La Glorieta -las Fiestas ya se hacían en agosto- y hubo un lleno total. Ésta sería la última Feria en la que todas las generaciones se juntarían en la misma verbena porque la juventud a partir de entonces se fue en su mayoría a la Terraza-Discoteca “La Granja” que comenzó a funcionar al verano siguiente y desde entonces hasta la fecha ha preferido divertirse en las sucesivas terrazas y discotecas que ha habido.

Este cambio en la forma de divertirse y en la forma de pensar se ha producido en la sociedad española en los últimos 30 ó 40 años. Si comparamos aquellos años con los actuales nos daremos cuenta del gran salto que se ha dado en todos los aspectos. Hoy día hay mayor libertad, mayor bienestar y mayores posibilidades de diversión para todas las generaciones y aunque todavía existen algunos prejuicios del pasado, estamos en el camino para conseguir una sociedad cada vez más democrática. Será la forma de que cada vez vivamos mejor, siendo más justos, más solidarios, más tolerantes y en definitiva siendo mejores personas.

Gérgal ha entrado con buen pie en el siglo XXI y se le presenta un futuro prometedor por su estratégica situación en la A-92, por su belleza, por su clima, por el desarrollo de los cultivos en invernaderos, por sus paisajes y costumbres para atraer al turismo rural hoy tan en boga, por su historia y por muchos más atractivos. Todo ello hará que en unos pocos años se produzca una recuperación económica notable -que ya se empieza a sentir-, lo que redundará en el aumento de población, ya no será foco de emigración, sino de inmigración, y su juventud podrá quedarse a vivir aquí si así lo desea.

Para terminar, sigamos haciendo buena la leyenda del escudo de nuestro pueblo “*La hospitalaria villa de Gérgal*” para que todos los que nos visitan se sientan como en

su casa. Agradecerles su compañía, en especial a nuestros paisanos y paisanas que viven fuera, catalanes en su mayoría, que tanto echamos de menos el resto del año. ¡Que os divirtáis mucho y que seáis felices!

Juan López Soria
Maestro de Educación de Adultos
Licenciado en Historia Contemporánea